

A P É N D I C E

LOS "ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA"

Y EL SEÑOR CHARLES SEIGNOBOS ¹

LA CUARTA edición de mis Orígenes de la civilización moderna se regocija de haber tenido más suerte que sus antecesoras, ya que ha ganado la atención de ciertos medios que hasta ahora ni siquiera se habían dignado reconocer la existencia de este libro; aunque también es verdad que el modo como hablan de él es poco más halagador de lo que era antes su silencio.

Es natural; yo creo —y por creerlo lo proclamo— que sólo el cristianismo da a la historia una explicación que puede ser admitida por los espíritus cultos, y que él ha proporcionado a la humanidad la única civilización digna de ella. Ya sé que, en opinión de ciertos críticos, estas afirmaciones son demasiado pasadas de moda para que los libros en que estén formuladas puedan tener algún valor; valdrá mucho más, según estas gentes, cualquier otra filosofía de la historia, y tratarán de comprenderla y de hacerle justicia (aunque no la compartan), con tal de que no sea católica. Con los que profesan esta última no tienen que discutir: basta con condenarlos..., y ya es hacerles mucho honor.

No soy tan ingenuo que me extrañe de estos procedimientos sumarisimos, ni tan exigente que me queje de ellos; aprecio en su justo valor el desdén eminente de los espíritus fuertes que miran al cristianismo con compasión, y me alegro de merecerlo. Pero me agrada mostrar con un ejemplo, en ocasión de cierta reseña que se ha hecho de este libro, lo que valen tales críticos cuando, saliéndose de su ámbito de procedimientos tendenciosos, se les ocurre discutir acerca de los hechos positivos allí donde puede hacerse.

El Sr. Charles Seignobos, que me ha dispensado el honor de ocuparse de mí en la *Revue critique*², comienza por mostrarse extrañado del éxito de venta que ha tenido mi libro. "Aseguro —dice—

¹ Este artículo apareció por primera vez en la *Revue des Questions histori-*

ques, tomo LXIX (1901), págs. 587-593.

² 23 de abril de 1900.

que no puedo comprender tal éxito, o mejor, que sólo me lo expli-
co atribuyéndolo a la extrema indulgencia que el público rico tiene
para con todo libro de tendencia católica." No esperaba yo, puedo
asegurarle, ver a las gentes ricas interesadas por estas cosas, ni me
suponía ser en este punto el favorito de esa clase social; me parecía,
más bien, que la venta más rápida de mis libros probaba mucho
más el número de sus compradores que su riqueza; pero es éste un
punto respecto al cual no quiero contrariar al Sr. Seignobos. Tam-
bién él es autor de una Historia de la civilización, de la que, entre
paréntesis, yo hablé bien en su ocasión¹, aunque salvando mis
creencias personales, y quizá tenga él alguna razón que le persuade
de que sus lectores son menos "ricos" que los míos.

El Sr. Seignobos pretende enseñarme que no debería "arriesgar-
me" tanto en elaborar construcciones de conjunto, para las que "me
falta la precisión en las ideas generales y la crítica en la determina-
ción de las causas". "¿Por qué él [yo], historiador de profesión, pro-
cede al modo de los metafísicos? Comienza por colocar a priori el
principio civilizador..." "La civilización, dice él [yo], consiste en
esa forma de sociedad que ofrece a sus miembros la mayor facilidad
para alcanzar su último fin; con lo que nos hace retroceder aún más
atrás del siglo XVIII, hasta la concepción medieval que ofrecía Bos-
suet." Esto sí que es grave, como lo es, y mucho, el pretender que el
Sr. Seignobos recorra el largo camino que le acercaría a Bossuet.

En cambio, me agrada observar que la comprobación de mi falta
de precisión en las ideas generales precede inmediatamente al re-
proche de haber dado una idea demasiado precisa de lo que es la
civilización. No hay que extrañarse de que mi definición no sea del
agrado del Sr. Seignobos, pues él no da ninguna en su historia de
la civilización; lo cual es mucho más sencillo, desde luego, además
de que así no puede achacársele que haya pecado por exceso de pre-
cisión en las ideas generales.

El Sr. Seignobos no está conforme con que yo diga que la Igle-
sia ha hecho de la sociedad europea la más ilustre, la más bella y la
más feliz de todas las sociedades humanas, y omite indicar cuál es,
a su entender, la sociedad que merece ese triple calificativo; pero,
abordando inmediatamente el terreno de las discusiones confesio-
nales, afirma que "no se me ocurre explicar por qué las naciones
dirigidas por herejes y librepensadores, como Estados Unidos, In-

¹ Véase el Polybiblion, tomo L (1887),
pág. 150. Sólo recuerdo esta circuns-
tancia porque ella me permite probar

con argumento ad hominem que no
soy de los que utilizan procedimientos
tendenciosos.

laterra, Suiza, Noruega y Alemania, son tan evidentemente supe-
riores a los pueblos que han permanecido fieles a la Iglesia, como
Austria y España". Tengo que repetir una vez más que eso no es
muy preciso que digamos, ni tampoco —permítame el Sr. Seignobos
que lo afirme— muy valiente. En la enumeración que acaba de ha-
cer, se le ha quedado, evidentemente, una palabra en los puntos
de la pluma. ¿Por qué no la ha escrito? ¿Es quizá porque no está
muy convencido de las ventajas que reporta a ningún gran país el
tener gobiernos de librepensadores, o porque, a su modo de ver,
Francia es un país que ha permanecido fiel a la Iglesia católica,
como Austria y España? Pero temo ser indiscreto insistiendo; por lo
que, en lugar de hacer nuevas preguntas al Sr. Seignobos, voy a con-
testar ingenuamente a la suya.

En vano busco cuáles sean, en todo el mundo, aparte del país
que él no nombra, los grandes pueblos cuyos destinos estén en ma-
nos de los librepensadores; pues todos los que cita se reclaman hijos
del cristianismo, y, precisamente por haberse mantenido fieles a éste,
es por lo que son superiores a los que le traicionaron o le com-
batieron.

En cuanto a la superioridad que el Sr. Seignobos atribuye tan
benévola a las naciones protestantes sobre las católicas, me
permitirá no ver en ello sino uno de los lugares comunes inventa-
dos por la francmasonería y puestos en circulación desde hace uno
o dos siglos por los caballeros del compás y la paleta, así como son
llevados a cuevas en las provincias por los caballeros del gorro pun-
tiagudo terminado en una borlita. Por todo lo cual, se honra muy
poco el Sr. Seignobos al hacerse eco de ellos. Las grandes naciones pro-
testantes llevan en nuestros días cierta ventaja a las naciones católicas
por razones del número de sus habitantes y del movimiento de sus ne-
gocios. Y esto ¿qué prueba? ¿Es serio atribuir tal honor al protes-
tantismo, mientras que Bélgica y la Alemania renana, tierras pro-
fundamente católicas, posean esa misma ventaja? La crisis en que
las maniobras ocultas de la logia o de la judería han sumido a
ciertos países, y hasta el malestar que resulta en otros de la com-
plejidad de su constitución, todavía en forcejeo con las aspiraciones
separatistas, es un fenómeno que no se puede achacar al catolicis-
mo. Me resulta desagradable tener que enseñar a un historiador que
el catolicismo no impidió a España ser durante los siglos XV y XVI
la primera nación del mundo, ni a Francia marchar durante el XVII
a la cabeza de la civilización. En esta época los Estados protestantes
presentaban bastante mal aspecto en comparación con Francia, y

si los papeles parecen haberse cambiado hoy un poco, no es, evidentemente, porque Francia se haya hecho más católica...

Después de haber copiado los epígrafes de los trece capítulos de mi libro, el Sr. Seignobos sentencia:

"No hay nada de original ni en esta construcción ni en sus detalles. Esos dos gruesos volúmenes no contienen más que lugares comunes, muy discutibles, acerca de la degradación del Imperio romano y la corrupción del pueblo que le componía, los antepasados arios descendidos "de las altas planicies del Asia central", la riqueza de imaginación de los germanos, su respeto por la mujer, la dulzura de los medios cristianos, el respeto del cristianismo por el trabajo, la regeneración de la sociedad por parte de la Iglesia, el carácter pagano del arrianismo, el progreso moral e intelectual producido por el desarrollo de las órdenes monásticas, los pueblos protegidos contra las invasiones por los obispos y los monjes, la corrupción bizantina, el "celo apostólico de la Iglesia", la "propagación de la caridad cristiana" (¡en el siglo VI!), el famoso edicto del año 614, presentado como una "capitulación" del rey, la reforma moral de los bárbaros lograda por la Iglesia, los encantos de la vida monástica, la felicidad de vivir bajo la cruz, y la Europa salvada por la batalla de Poitiers. Se diría que es una recopilación de las viejas fórmulas que fueron desechadas por los historiadores desde que ese período fué estudiado con espíritu científico."

¡Bien claro está! Las tesis que el Sr. Seignobos acaba de citar están fuera de época, y ya no es propio de la ciencia el sostenerlas. Me parece que ni siquiera es nuevo tal lenguaje, y que la falta de originalidad es el menor de sus defectos. Ya hemos oído todo eso hace bastante tiempo:

GERONTE

Indudablemente, no es posible razonar mejor. Pero hay una cosa que me ha chocado mucho: el lugar del hígado y del corazón; me parece que los colocáis en distinto sitio del que ocupan, pues el corazón está al lado izquierdo y el hígado al derecho.

SGANARELLE

Sí, así era antes; pero ahora hemos cambiado todo eso, y hacemos una medicina completamente nueva.

GERONTE

Eso es lo que yo no sabía, y os pido perdón por mi ignorancia.

SGANARELLE

No os preocupéis, pues no estáis obligados a ser tan hábil como nosotros¹.

¹ MOLIÈRE, *Le medecin malgré lui*.

Después de remitirme a Molière, el Sr. Seignobos ya no tiene derecho a quejarse de que yo le remita a Bossuet. Tiene él, por otra parte, mucho interés en hablar como Sganarelle, pues conoce a su público: es una multitud de lectores que se excusarán de haber creído hasta el presente esas tesis que le oyen condenar ahora con tanta decisión, diciéndose que no se sostienen cosas semejantes con esos aires de seguridad cuando no se poseen las correspondientes pruebas. Por lo que a mí toca, no pienso tomarme el trabajo de escribir de nuevo todo mi libro para probar que es el Sr. Seignobos quien está equivocado, pues el corazón sigue estando, como siempre, al lado izquierdo. Mientras él mismo proporciona las pruebas de sus refutaciones, yo continuaré enseñando las vaciedades de que se lamenta y mereciendo sus reproches.

Pero, para uso del lector a quien las fórmulas apodícticas del Sr. Seignobos pudieran hacer dudar, voy a referirme muy rápidamente a algunas de sus críticas, facilitándole que juzgue por sí del valor del conjunto.

Entre los numerosos lugares comunes de mi libro están, según él, la riqueza de imaginación de los pueblos germánicos, la propagación de la caridad cristiana y el famoso edicto del año 614, presentado como una capitulación del rey.

Creía yo tener cierta competencia personal para hablar de estos tres puntos después de haber consagrado treinta años de mi vida al estudio de la Edad Media y especialmente al de los bárbaros germánicos. Me había hecho esa idea de su imaginación manejando libros como el *Altdeutsches Namenbuch* de Foersteman, donde tal imaginación se despliega con alcances asombrosos en la abundancia del vocabulario prosofónico; compárese, en tal aspecto con la prosofonia romana, y cualquiera se admirará de la opulencia de la primera y la pobreza de la segunda. Es que en lo que se refiere a la creación de nombres propios, los germanos no son inferiores ni aun a los propios griegos, y el libro de Foersteman no desmerece ni en abundancia ni en interés frente a aquel otro en que Paepe ha hecho ese inventario, tan curioso y tan instructivo, de la prosofonia helénica.

También me he convencido de la imaginación bárbara comprobando la riqueza extraordinaria de su formulario jurídico, tan admirablemente expuesto en el hermoso libro de Grimm, *Deutsche Rechtsaltertümer*; he vuelto a hallarla en la mitología, cuyo esplendor habrá podido ver el Sr. Seignobos en los escritos de Grimm, Simrock y Golther; la he estudiado, muy principalmente, en su opu-

lenta tradición épica, fraccionada en multitud de epopeyas nacionales, una de las cuales, la menos conocida, ha constituido el objeto de mi Historia poética de los merovingios. Y si las conclusiones que he deducido de estos prolongados estudios y que he formulado en algunas líneas de mis Orígenes de la civilización moderna hacen al Sr. Seignobos el efecto de una "fórmula desechada ya por los historiadores", me atrevo a decirle que con ello da, demasiado ingenuamente, pruebas de lamentable ignorancia, y que ningún germanista le tomará en serio.

Otra de esas "fórmulas desechadas" es, según él, mi afirmación de la amplitud de la caridad cristiana en el siglo vi. Tal crítica se refiere sin duda a las páginas del capítulo X en que cuento, ajustándome a las fuentes informativas de que dispongo, la maravillosa actividad desplegada por la Iglesia en lo que se refería al rescate de los cautivos, a la manumisión de los esclavos y al consuelo de todas las calamidades humanas. En esto me atrevo a desafiar al Sr. Seignobos a que desmienta uno solo de los textos que he alegado, o a que pruebe que he sacado de ellos conclusiones exageradas; temo, muy al contrario, haberme quedado corto en la narración de esas verdades y no haber agrupado debidamente todos los hechos que servirían para completar tal panorama. No soy yo quien declara que "los obispos de esta época practicaron la beneficencia en proporciones tales como quizá nunca ha vuelto el mundo a ver"¹; el editor responsable de este "tópico desechado por los historiadores" es nada menos que el Sr. Hauck, autor de una Historia de la Iglesia de Alemania, que es considerada al otro lado del Rin como la mejor que existe. Como tampoco es la primera vez que sabios alemanes juzgan el pasado de la Francia cristiana con más equidad que ciertos historiadores franceses.

¿Todavía tendremos que hablar del famoso edicto del año 614? También es viejo y pasado de moda lo que yo he dicho de él... desde que tal período ha sido estudiado con espíritu científico. Me consuelo fácilmente de no ser incluido por el Sr. Seignobos entre el número de los que le han estudiado con tal espíritu, al echar una mirada sobre los que son alcanzados a la vez que yo por su fórmula desdeñosa. ¿Es que sabe con quién estoy de acuerdo para apreciar el edicto tal como lo hago? En Alemania, con Sohm, con Waitz, con Richter, con Schroeder, con Brunner y con Schultze; en Bélgica, con Vanderkindere; en Francia, con Lehuërou, con Fahlbeck, con Vio-

¹ A. HAUCK, Kirchengeschichte Deutschlands, tomo I, pág. 79.

llet, con Prou, con Glasson, y puede decirse que con todo el mundo, hasta con los libros que se honran con la colaboración del Sr. Seignobos, como la Historia General de los Sres. Lavissee y Rambaud, en que el señor Berthelot expone también la opinión condenada por mi censor¹. Una sola voz —bien se comprende— desentona de este concierto: es la del Sr. Fustel de Coulanges². Ya la he refutado en otra parte³, y creo que no es necesario repetir aquí mi demostración, tanto más cuanto que Fustel de Coulanges se ha quedado solo en tal apreciación, o tiene que contentarse con la única adhesión que significa el Sr. Seignobos.

Todo esto ya es mucho, pero el Sr. Seignobos será el primero en reconocer que todavía no es suficiente.

Y es tanto más insuficiente cuanto que la adhesión del Sr. Seignobos a la tesis de Fustel de Coulanges es demasiado equivocada. He aquí lo que leo en su Historia de la Civilización, que he tenido la curiosidad de volver a mirar antes de concluir este artículo:

"En el año 614, reunidos los obispos y los leudes, obligaron al rey Clotario a declarar en su ordenanza que quedaban abolidos todos los impuestos" (Tomo I, pág. 399.) ¿Es que hemos leído bien?: que los obispos y los leudes obligaron al rey... Por tanto, allá por el año 1885, el Sr. Seignobos opinaba como yo; evidentemente, es que todavía no habría estudiado la cuestión con espíritu científico.

Ahora bien, ¿qué ha ocurrido después de 1885 que le haya hecho cambiar tan radicalmente de opinión? ¡Ah, Dios mío!: bien poca cosa. El libro en que Fustel de Coulanges defiende su singular punto de vista aparecía en 1888⁴, y en seguida el Sr. Seignobos, con candor sorprendente, abdica su opinión de 1885 y se apresura a ense-

¹ SOHM, Die Fränkische Reichs-und Gerichtsverfassung, pág. 21; WAITZ, Deutsche Verfassungsgeschichte, II, 11, pág. 37; RICHTER, Annalen der deutschen Geschichte in Mittelalter, tomo I, pág. 154, nota; SCHRÖDER, Lehrbuch der deutschen Rechtsgeschichte, 2ª edic., pág. 128; BRUNNER, Deutsche Rechtsgeschichte, II, pág. 167; SCHULTZE, Das Merovingische Frankenreich, pág. 174; VANDERKINDERE, Introduction à l'histoire des institutions de la Belgique au moyen âge, pág. 169; LEHUËROU, Histoire des institutions mérovingiennes, pág. 490; FAHLBECK, La Royauté et le droit franc, pág. 267; VIOLLET, Histoire des institutions politiques et administrati-

ves de la France, tomo I, pág. 448; PROU, La Gaule mérovingienne, pág. 59; GLASSON, Histoire du droit et des institutions de la France, t. II, págs. 277, 279, 319 y 326; LAVISSEE y RAMBAUD, Histoire générale, tomo I, pág. 138.

² FUSTEL DE COULANGES, La Monarchie franque, pág. 616.

³ Revue des Questions historiques, tomo XLVIII (1890), pág. 193.

⁴ Es la Historia de las instituciones políticas de la antigua Francia, la que tiene como subtítulo el de: La monarquía franca. En su pág. 612 y sgs. está la tesis a que se ha convertido el Sr. Seignobos.

ñar todo lo contrario, pues no va con él eso de oponerse a la tesis de su maestro.

La adopta porque es la de Fustel de Coulanges. ¡Y al ejercicio de esa fe ciega es a lo que el Sr. Seignobos llama "estudiar con espíritu científico" ...!

Si se hubiese tomado, como yo, el trabajo de leer los autores que he citado antes, se habría convencido del peligro que significa, en materia científica, eso de jurar in verba magistri, y se habría evitado la humillación de que yo tuviera que recordarle los principios elementales del método crítico.

Me sería fácil confirmar con demostraciones análogas las demás tesis de mi libro criticadas por el Sr. Seignobos, pero tengo algo más interesante que hacer, y creo además que el lector ha quedado con esto suficientemente orientado, advirtiéndole que si me he ocupado con tanta amplitud del Sr. Seignobos, ha sido considerando la autoridad que la Revue Critique pudiera haber prestado a sus juicios.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
---------------	----

INTRODUCCIÓN	13
--------------------	----

CAPÍTULO I

EL IMPERIO ROMANO	33
Grandeza y majestad del Imperio romano, 33.—El Imperio es eterno y universal, 34; realiza la misión de la humanidad, 35; es divino, y su divinidad se comunica al hombre en quien se encarna, que es el Emperador, 36.—Formación de tal divinidad, 36.—En qué consiste la ficción política de la <i>Lex Regia</i> , 38.—Sumisión del espíritu público a esta ficción, 39.—Sus consecuencias. Omnipotencia del Emperador, 40.—El vértigo imperial, 41.—Lado débil del sistema: alienta la ambición, desencadena la anarquía, 42; entrega el poder al más fuerte, es decir, al ejército, 43.—Éste, corrompido, vende su fidelidad a peso de oro, 44.—Los ciudadanos no buscan más que el placer, 45, sólo estiman la riqueza, 45, y no piden al soberano sino pan y juegos, 47.—Pasión del pueblo por las diversiones públicas, y carácter inmoral de éstas, 48.—Difusión del mal por todo el Imperio, 51.—Degradación universal de los caracteres y de las inteligencias, 52.—Consecuencias sociales del régimen del placer, 54.—Doble esclavitud, 54.—Servidumbre de las provincias y su empobrecimiento por culpa de los impuestos, 55.—Su resistencia, 57.—Desaparición de la pequeña propiedad, 58.—Ruina del campo, 59.—Imposibilidad de reaccionar debidamente, 60.—Impotencia de la filosofía, 60.—Impotencia de los Emperadores, 61.—Conclusión, 63.	

FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS	63
---	----

CAPÍTULO II

EL MUNDO GERMÁNICO	66
Aspecto del mundo bárbaro y su contraste con el Imperio, 66.—División de los bárbaros en la Europa Central, 67.—Nociones inexactas de griegos y romanos acerca de aquéllos antes de César, 68.—Origen de los germanos, 69.—Su evolución de la vida nómada a la sedentaria y agrícola, 70.—Restos del régimen patriarcal, 70.—Iniciación del régimen político, 72.—La familia, 72.—El grupo agrícola, 74.—El cantón, 76.—El pueblo y el rey, 77.—Los jefes, 78.—Las asambleas,	